

SOBRE LOS VALORES Y SU FORMACIÓN EN LA UNIVERSIDAD: UNA VEZ MÁS.

DRA. C. HAYDEÉ ACOSTA MORALES¹.

1. *Universidad de Matanzas “Camilo Cienfuegos”, Vía Blanca
Km.3, Matanzas, Cuba.*

Resumen.

En todos los tiempos ha habido preocupación de los adultos por la formación de los jóvenes y porque su educación responda a los más altos intereses de la sociedad, y porque sus valores y forma de comportarse en ella, sean socialmente aceptados y por lo tanto de valor social. Desarrollar la labor axiológica en nuestras universidades, tiene implicaciones teórico-prácticas, por eso, con este trabajo se pretende, una vez más acercarse a los argumentos teóricos imprescindibles para tales fines.

Palabras claves: valores, formación de valores.

Es muy propio de las generaciones adultas, observar con atención la conducta de las nuevas generaciones, y tratar de determinar en qué estas se parece a ellos, en qué se diferencian, qué traen ellas al mundo en términos de valores, conductas, modos de actuar. Y esto es muy lógico, pues la juventud de hoy será el mañana de la sociedad y de acuerdo a cómo veamos que esta se comporta hoy, así pensamos cómo será el futuro.

Significativas son las opiniones que recoge A. Múdrík en su obra "La Educación en Secundaria", veamos:

- "A nuestra juventud le gusta el lujo, está mal educada, se burla de la superioridad y no respeta en absoluto a los ancianos. Nuestros hijos de hoy se han convertido en tiranos, no se ponen de pie cuando en una estancia entra una persona de edad, contradicen a sus padres. Hablando en plata, son muy malos".
- "He perdido toda esperanza en cuanto al futuro de nuestro país, si la juventud de hoy empuña mañana las riendas del poder. Pues esta juventud es insoportable, impulsiva, simplemente horrible".
- "El mundo en que vivimos ha alcanzado una fase crítica. Los hijos ya no obedecen a sus padres. Por lo visto, el fin del mundo no está ya muy lejos".
- "Esta juventud está podrida hasta el fondo de su alma. Los jóvenes son péfidos y negligentes. Nunca se parecerán a los jóvenes de otros tiempos. La joven generación de hoy día no sabrá conservar nuestra cultura".

Opiniones como estas las hemos escuchado en boca de abuelos, padres, maestros y adultos en general, podemos afirmar que son muy contemporáneas. Sin embargo, el propio autor, y ahí está la relevancia, cita de qué épocas son:

La primera opinión pertenece a Sócrates que vivió entre los años 470-399 a.n.e. La segunda a Hesíodo, poeta griego de cerca de 720 años a.n.e. El autor de la tercera opinión es un sacerdote egipcio que vivió más de 2000 años antes de nuestra era. Y la cuarta acusación, se halló en una vasija de barro encontrada entre las ruinas de Babilonia y que data de más de 3000 años a.n.e.

Evidentemente, resulta incomprensible que si los jóvenes de esos tiempos eran tan malos, la humanidad y la civilización hayan podido sobrevivir y lograr los enormes progresos sociales a los que asistimos hoy, testimonio de los cuales somos nosotros mismos. Ocurre que en todos los tiempos, la juventud no ha sido homogénea y junto a

su parte de avanzada, hay siempre en ella otros, cuya conducta no siempre es positiva y es advertida por los que la rodean.

Pero la conclusión más importante que se puede extraer de lo anteriormente expuesto es, a nuestro juicio, otra: en todos los tiempos ha habido preocupación de los adultos por la formación de los jóvenes y porque su educación responda a los más altos intereses de la sociedad, y porque sus valores y forma de comportarse en ella, sean socialmente aceptados y por lo tanto de valor social.

Desarrollar la labor axiológica en nuestras universidades, tiene implicaciones teórico-prácticas, por eso de forma breve me detendré en algunos argumentos teóricos imprescindibles. Comencemos por el propio concepto de valor.

Poder comprender el significado del término “valor” nos obliga a no dejar de tener en cuenta que éste posee diferentes acepciones y determinaciones, de acuerdo a la ciencia que lo aborde. Referencias al valor aparecen en la economía política, la psicología, la pedagogía, entre otras ciencias, pero ha sido la filosofía, la fuente fundamental de la axiología, como ciencia de los valores: axia valor, logos estudio o tratado.

También en estos estudios ha existido la tendencia a absolutizar una u otra dimensión en las cuales los valores se manifiestan, dígase la objetiva, la subjetiva y la socialmente reconocida como oficial y representante de un tipo de socialidad determinante.

El axiólogo y filósofo cubano, matancero para nuestra dicha, José R. Fabelo Corzo, no se conforma con brindar una definición única, que abarque todas las dimensiones de los valores y, en consecuencia brinda una concepción pluridimensional, en la que reconoce al menos tres dimensiones fundamentales a tener en cuenta para el estudio de los valores, dimensiones que se corresponden a su vez, con tres planos de análisis de esta categoría. Esas dimensiones son la objetiva, la subjetiva y la instituida.

Interpretando esta concepción pluridimensional se llega a la conclusión de que en el plano objetivo de análisis, los valores expresan la significación positiva que poseen los objetos, fenómenos o procesos, materiales o espirituales, para la sociedad, para el HOMBRE como ser social, no para un hombre en específico o un grupo humano concreto. Se trata de lo que tiene una trascendencia positiva, aún cuando algunos hombres en específico no lo reconozcan así, pero ese algo, es un resultado de la actividad humana, contribuye al progreso de la sociedad, al mejoramiento del género humano, su valía está contextualizada socialmente y se jerarquizan en correspondencia con la implicación que tengan en el nivel de satisfacción de las necesidades humanas. Es evidente que en el mundo existen personas que no conocen y por tanto no asumen el alcance cultural de obras que han perdurado en la historia como resultado de la acción humana en la antigüedad, pero no por ello esas obras dejan de ser portadoras de valores, en tanto poseen una significación positiva para la humanidad, por su trascendencia histórico-cultural.

Los valores morales que han sido incluidos en el “Programa Director para el reforzamiento de valores fundamentales en la sociedad cubana actual”: dignidad, patriotismo, humanismo, solidaridad, responsabilidad, laboriosidad, honradez, honestidad y justicia, poseen una significación positiva para nuestra sociedad específicamente, y a la vez son valores que por su dimensión objetiva, engrandecen al hombre como ser humano, son valores humano-universales.

El plano de análisis y manifestación subjetiva del valor, es el que representa para nuestra labor como educadores mayor relevancia. Sobre ella, Fabelo se refiere a que cada individuo es capaz de reflejar lo valioso, en tanto valora la realidad y, en consecuencia, conforma su propio sistema subjetivo o escala de valores, que desempeñan un importante papel en su modo de sentir, pensar y actuar. Estos valores integrantes de la personalidad del sujeto que valora, se expresan en cualquiera de los planos en que el hombre actúa: plano individual, grupal o social.

La individualidad humana se expresa en una personalidad determinada que se desarrolla en una compleja relación. Por un lado, se destacan sus capacidades, motivaciones e ideales, y por otro, las normas, códigos, preceptos y deberes instituidos. De esta contradictoria relación, que puede llegar a ser conflictual, saldrá la escala subjetiva con que la individualidad establecerá la jerarquía de valores por la que regirá su conducta, por lo que es importante que exista una correspondencia en la existencia objetiva y subjetiva del valor y de esta manera puedan convertirse en reguladores de la actuación del sujeto.

Los sistemas subjetivos de valores no son una simple reproducción de la existencia objetiva de estos, el individuo los construye de acuerdo a sus necesidades, intereses vivencias y acorde también con las influencias educativas que recibe dentro de un contexto social específico. Es importante destacar la dependencia que tiene el sistema subjetivo de valores del resto de los sistemas y la influencia que ejerce sobre los mismos, desempeñando por tanto una importante función reguladora de la actividad humana.

El autor referenciado considera que cada sociedad concreta posee su sistema de valores instituidos. Generalmente son aquellos que conforman los sistemas axiológicos de quienes guían la sociedad, de quienes ostentan el poder y esos valores son educados y desarrollados a través de la “ideología oficial” que se expresa en el sistema de educación, las normas jurídicas establecidas, la política practicada, entre otras vías.

En cada uno de los planos o sistemas de valores se establece una escala para la jerarquización de los valores: Los intereses humanos se manifiestan socialmente y pueden llegar en no pocas ocasiones a ser antagónicos. Entre lo objetivamente valioso, individual o social, y lo que oficialmente se impone como valor puede existir grandes diferencias, dando lugar a las llamadas “crisis de valores”. -

Un tema ampliamente debatido por la comunidad académica, es el referido al significado y en consecuencia concepción teórica que encierran los conceptos de formación, desarrollo, fortalecimiento, para referirse a la acción pedagógica que se asumirá en un nivel formativo como lo es la universidad.

Compartimos el criterio, de que referirse al concepto de formación, significa destacar la cualidad de lo educativo, que como proceso, está encaminado a lograr la humanización del sujeto, la creación de personalidades, la forja de un tipo de hombre de acuerdo con determinados ideales y fines sociales. De lo anterior se deduce que la Universidad, tiene que formar un profesional con capacidad para enfrentar el reto de la época actual, con conocimientos científicos y técnicos idóneos, portador de valores humanos para un óptimo desempeño como miembro de la sociedad, con una proyección laboral que combine las competencias laborales con las cualidades personales. Eso es tarea de la educación superior, no de ningún otro nivel educativo.

José Martí manifestó para todos los tiempos: “Educar es depositar en cada hombre toda la obra humana que le ha antecedido: es hacer a cada hombre resumen del mundo viviente hasta el día en que vive: es ponerlo al nivel de su tiempo: es prepararlo para la vida” (Martí, 1953:507) Esta tesis martiana mantiene vigencia, es un principio que guía permanentemente la actividad de la Educación Superior en nuestro país. Es por ello, que la educación en valores debe **intencionarse** desde el proyecto curricular, perfeccionando los modelos del profesional, los planes y programas, dando un sentido diferente a los colectivos de año y por supuesto a la labor del profesor.

Todo proceso educativo tiene un para qué explícito o implícito. Cualquier acto educativo se realiza con una finalidad, pero no siempre esa **finalidad** ha respondido a los más altos ideales del humanismo. En la historia abundan los ejemplos.

El proceso de formación del profesional está compuesto por tres procesos, el proceso instructivo, el proceso capacitivo y el proceso educativo, donde cada proceso forma parte del todo y de las partes, es decir, son dimensiones de un proceso más amplio, que tiene como fin el desarrollo de la personalidad (Álvarez, C; 1999: 8). En su totalidad los tres procesos se integran dialécticamente en el proceso de formación profesional, que desarrolla conocimientos, habilidades y valores. No hacer énfasis en uno de estos procesos, no excluye su presencia en el proceso, pero significa, que no se dirigen, no se hacen explícitos, repercutiendo en la calidad del proceso y en los fines propuestos. Es esto lo que ocurre con el proceso educativo, que estando presente los valores en la formación del profesional, sus significados pueden no ser los correspondientes con el modelo de hombre y de profesional a desarrollar, y por otra parte no se concretan las particularidades de su formación.

La cuestión radica en la necesidad de explicitar, sistematizar e intencionar “lo educativo”, que por supuesto integra el proceso de formación del profesional.

Intencionar: Encaminar el proceso docente-educativo hacia el modelo ideal de formación. Desarrollar el vínculo con la realidad a través de lo socialmente significativo de ésta en el proceso docente-educativo, dando sentido a la formación sociohumanista.

Explicitar: Connotar lo socialmente significativo de la realidad hacia el redimensionamiento humano en todos los componentes del proceso. Precisar los contenidos de los sistemas de valores a formar y desarrollar según la aspiración social.

Particularizar: Integrar las particularidades de la formación y el desarrollo de los valores a la didáctica del proceso de formación (conocer las particularidades del sujeto y sus relaciones y, evaluar las condiciones para llevar a cabo el proceso. Enriquecer la didáctica del saber y del saber hacer; del contenido y del método, etc., así como apoyarse en ellas. Determinar estrategias didácticas que involucren a los sujetos del proceso en una actividad consciente, protagónica y comprometida.

Visto de otro modo, es la reflexión del profesor sobre el valor educativo de sus acciones en el proceso, de sus intenciones, de lo valorativo en los contenidos, del valor del método, etc. lo que implica establecer prioridades. Es necesario comprender las particularidades de la formación y el desarrollo de los valores y sus relaciones en el proceso docente-educativo. Integrar los valores al aprendizaje de manera intencionada y consciente significa no sólo pensar en el contenido como conocimientos y habilidades, sino en la relación que ellos poseen con lo afectivo.

Por tanto en su sentido más concreto y enmarcados en la dimensión curricular dentro del proceso de formación profesional, se define a la **Educación en Valores como un proceso sistémico, pluridimensional, intencional e integrado que contribuye a la formación y al desarrollo de la personalidad del futuro profesional, a través del redimensionamiento de lo social en el proceso de formación.**

De esta manera, el proceso de enseñanza-aprendizaje adquiere un nuevo contenido por su carácter integral. La reflexión del profesor sobre el valor educativo de las acciones en el proceso, significa de igual modo intencionar y valorar el método de aprendizaje, no como simple procedimiento, sino pensar en la comunicación, las relaciones interpersonales, es analizar el componente sociohumanista de la ciencia que se enseña y de cómo hacerlo, lo que representa brindar un enfoque integral y dialéctico al aprendizaje, es reconocer que no existen “dos culturas” separadas, sino reflexionar sobre la totalidad de ésta, en su historia, en sus contradicciones, en su actualidad, en sus métodos, en sus consecuencias e impactos y, por supuesto en su ética.

Los valores son contenidos transversales, y que deben atravesar todos los contenidos curriculares, sin encerrarlos en una determinada disciplina escolar, o conjunto de disciplinas, o interacciones entre disciplinas. No tiene sentido secuenciar los valores como se secuencian conceptos, (Pozo, J., 1998), es decir, este semestre la honestidad y el otro el patriotismo, o dedicarle un tema, o que se ocupe solo una asignatura. Su inclusión en el currículo debe ser continua, debe estar presente en todo momento como objetivo educativo. Los valores son tratados por todas las disciplinas, desde su visión del asunto, desde sus propios enfoques e identidad disciplinar. Los valores contienen fundamentos disciplinares e interdisciplinares, pero además los contenidos de cada disciplina que participa en la formación del profesional son atravesados por los valores de todas las dimensiones del modelo del profesional. Ver los valores de esta manera justifica la no neutralidad de las ciencias y su “real atravesamiento cultural”.

Los valores profesionales son los valores humanos contextualizados y dirigidos hacia la profesión. Sus significados se relacionan con los requerimientos universales y particulares de esta. Constituyen a su vez rasgos de la personalidad profesional y contribuyen a definir una concepción y sentido integral del ejercicio profesional.

La determinación de cuáles son estos valores, exige atender cuidadosamente a los fundamentos pedagógicos que sustentan el modelo del profesional que formamos, o sea, la precisión del objetivo general de la formación del profesional, la determinación de los modos de actuación en correspondencia con el objeto de trabajo del profesional, la identificación de las esferas de actuación del profesional y la determinación en consecuencia del sistema de valores del profesional. Es necesaria la proyección y derivación desde el nivel macrocurricular- modelo del profesional y plan de estudio, pasando por el nivel mesocurricular- programas de disciplinas y asignaturas, hasta llegar al nivel microcurricular, es decir, la clase y la tarea docente, de las acciones a desarrollar. Está caracterizado este proceso por la integralidad y carácter sistémico y abarca todas las categorías de la didáctica: objetivos, contenidos, métodos, medios y sistema de evaluación. Es un proceso de potenciación de la relación de lo afectivo y lo volitivo o actitudinal (génesis del tránsito a la dimensión axiológica) a través de la relación entre los hábitos y las capacidades.

El conocimiento acerca de las características de la edad juvenil, el clima o ambiente democrático que favorezca la formación axiológica, la concepción pedagógica y

didáctica que orienta la actividad docente, así como el papel del profesor en esta difícil tarea, constituyen exigencias a tomar en cuenta en la tarea formativa.

En la preparación de los docentes constituye una ayuda importante seguir los fundamentos del Enfoque Histórico Cultural, como premisas psicológicas y pedagógicas de la estrategia educativa, por lo que se ha de tener presente que:

- Las acciones deben estar dirigidas a potenciar la formación de capacidades, habilidades y hábitos, que enriquezcan la personalidad de los estudiantes, en la medida en que contribuyen a la educación axiológica como parte del proceso de formación integral del profesional.
- El vínculo teoría-práctica ha de constituir una vía que favorezca el proceso educativo.
- El proceso educativo ha de caracterizarse por su carácter consciente y por su cientificidad, para a partir del estado actual lograr la transformación hacia el estado deseado.

El diálogo ha de estar presente como muestra de la unidad de la comunicación con la educación. Para que se realice la educación axiológica de los educandos se requiere despertar actitudes positivas hacia aquello en lo que es preciso educarlos. Estas actitudes no se transmiten por el mero discurso del profesor, sino a través de la actividad que los propios alumnos lleven a cabo y de las relaciones de comunicación que establecen entre ellos y con sus profesores. La optimización de la comunicación entre profesores y alumnos crea un clima de trabajo que estimula las innovaciones positivas, crece la satisfacción derivada del proceso de aprendizaje, facilita el desarrollo de la creatividad y elimina barreras y obstáculos del proceso.

El período etario en que se desenvuelven los estudiantes universitarios, caracterizado por una reevaluación de su autoimagen y la fijación de su independencia, la exigencia del respeto y consideración por parte de quienes lo rodean, aparejado de la consolidación de una moral propia, en la que las relaciones de grupo cambian, así como la influencia de éste sobre los jóvenes, resulta muy importante para la labor del educador hacia el desarrollo de la comunicación dialógica.

En el proceso de educación en valores resulta imprescindible que se tenga en cuenta, que la comunicación con el alumno debe llegar hasta el plano de tomar en consideración sus opiniones y criterios, sus intereses y gustos, lo que puede lograrse si existe una verdadera integración al colectivo estudiantil, de modo que el regulador fundamental de la conducta de los jóvenes sea el sentimiento de colectivismo que une a profesores y estudiantes. Ello revela el contenido ético del proceso de comunicación educativa, en el que no debe dejarse de tener en cuenta que las relaciones que se establecen entre docente y estudiante tienen siempre una carga moral. Al profesor ser consciente de ello se eleva la calidad de su trabajo, se despierta la creatividad y el sentido de responsabilidad de las partes implicadas en el proceso comunicativo.

Saber escuchar, trabajar con creatividad y consagración, lo que implica el destierro de esquematismos y facilismos; estar abierto al cambio, son algunos de los imponderables de la comunicación educativa que conlleva a la educación en valores de nuestra juventud y de la sociedad en general.

La formación de valores se produce mediante el vínculo de los componentes cognitivo, afectivo y conductual, sin desconocer el volitivo. De ahí la importancia de partir de un diagnóstico psicopedagógico, que permita medir el nivel de desarrollo en valores que traen los estudiantes al llegar a las aulas universitarias. Este diagnóstico lo concebimos como un proceso sistémico continuo y dinámico de conocimiento de la personalidad del estudiante dirigido a detectar y caracterizar sus potencialidades psíquicas y las condiciones que en su desarrollo influyen para transformar estas potencialidades en propiedades de alta eficiencia personal y social. Son vías integradas a partir de la conceptualización de los valores y los indicadores funcionales de regulación de la personalidad.

El conocimiento como simple comprensión de la realidad cuando se convierte en reflexión personalizada incluye lo afectivo y por tanto contribuye a la formación del valor, y a su vez las vivencias afectivas que el sujeto experimenta, contribuyen a formar el conocimiento.

Para considerar un valor formado y por ende integrado al sistema de valores subjetivos de un individuo, es necesario que se refleje en un determinado nivel de conocimiento, que dicho valor haya adquirido una significación o sentido personal para el sujeto, que se exprese en la conducta y se integre en las diferentes formaciones motivacionales que rigen la actuación, como son los ideales, el sentido de la vida, la autovaloración, entre otras. A su vez resulta necesario el componente volitivo para que el individuo sea capaz de seguir su propia decisión. La formación del valor implica saber qué se hace y por qué se hace, y querer actuar así en cualquier circunstancia y ambiente, estén otros presentes o no (Alcázar J. A., op. cit., 12-13).

En Cuba existen diversas manifestaciones de haber abrazado la concepción de que la educación en valores de los individuos, comienza desde los primeros años y se ha de mantener a través de la vida, como expresión del reconocimiento de la educación permanente, uno de los principios rectores de la labor educativa, que incita a educar a través de la actividad en todas las edades.

Lograr la participación, en la educación axiológica de los jóvenes por ejemplo, requiere que quienes participamos en el proceso sintamos la necesidad y estemos conscientes de la existencia de conflictos que requieren del accionar colectivo para ser solucionados, de modo que las personas no sean entes pasivos de sus propias dificultades, sino protagonistas de su solución. La educación axiológica de las nuevas generaciones demanda de la participación de maestros y profesores, directivos, organizaciones políticas y de masas; de la familia, de la comunidad, de los centros laborales para quienes trabajan, y de la sociedad en general y muy especialmente de los propios niños, adolescentes y jóvenes, para que fructifique esta labor.

El ejemplo personal o grupal constituye una herramienta ineludible en los afanes educativos, pero por sí solo no resulta suficiente para contribuir a educar en valores y transformar actitudes y conductas. Al respecto queremos llamar la atención acerca de la directividad de la educación axiológica, entendida como el reconocimiento del accionar de quien educa para guiar consciente y planificadamente el proceso educativo, sin que ello signifique desconocer que el educando es un sujeto activo y que en el proceso de educación axiológica educador-educando se enriquecen como seres humanos, al producirse una transformación mutua.

Colegas, continuemos la búsqueda en nuestra historia Patria y en la gigantesca obra pedagógica legada por los Padres Fundadores de la nacionalidad cubana. En ese arsenal cognoscitivo que heredamos de maestros como Varela, encontramos esta afirmación, “no hay niño que no quiera ser grande en cuerpo y no hay joven que no quiera serlo en ideas y sentimientos”, sin dudas, nos está retando. Aceptemos el reto.

Bibliografía:

Álvarez, C., 1998 *La Pedagogía como Ciencia*. Editorial “Félix Varela”. La Habana, Cuba.

Batista Tejeda, N. 2007 *Una concepción metodológica de educación en valores en la formación profesional*. En: Colectivo de Autores: (2007) *La formación de valores en la Nueva Universidad: El tutor y la atención personalizada*. Libro digital.

Colectivo de autores, 1996 *La formación de valores en las nuevas generaciones “Una campaña de espiritualidad y de conciencia”*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, Cuba.

Martí, José, 1990 *Ideario Pedagógico*. Editorial Pueblo y Educación. La Habana.

Múdrik, A., 1983 *La Educación en Secundaria*. Editorial Progreso.

Partido Comunista de Cuba, 2006. *Programa Director para el reforzamiento de valores fundamentales en la sociedad cubana actual*. Folleto.

Pozo, J. 1998. “Aprendizaje de contenido y desarrollo de capacidades en la educación secundaria”. En: *Psicología de la instrucción: la enseñanza del aprendizaje en la educación secundaria*. ED. Horsori Barcelona, España.

Romero Pérez, C. 2009 *Cartas a Elpidio: contribución a la formación de la identidad entre los jóvenes*. Inédito.

Romero Pérez, C; Acosta Morales, H., 2000 *La Formación de Valores en la Universidad: Exigencias teórico-metodológicas*. Universidad de Matanzas “Camilo Cienfuegos”, Área de Estudios sobre la Educación Superior. Matanzas, Cuba.